

¿Y los warijós? Búsqueda y registro etnográfico de un pueblo invisibilizado a fines del siglo pasado

Claudia Elizabeth Delgado Ramírez*

Reseña del libro: *Los Warijós de Chihuahua: una etnografía mínima*. Eugenio Porrás Carrillo. 2002. ENAH-Unidad Chihuahua, UACJ. Pp. 121.

Pero, más que nada, este libro quiere ser un homenaje y un reconocimiento al pueblo warijós, a su lucha por mantener su identidad étnica y a su inalienable derecho de ser y sobrevivir entre tan difíciles condiciones geográficas, sociales y políticas.

Este libro tiene origen en comentarios que el autor escuchó por parte de funcionarios del Instituto Nacional Indigenista (INI) en Chihuahua acerca del número existente de warijós; un “etnocidio estadístico” que constató en el Censo General de Población del INEGI en 1990, en el cual no aparecían los warijós como habitantes indígenas en el estado. A partir de esta situación, el Dr. Porrás emprende un camino de búsqueda y etnografía del pueblo warijós durante la década de los años noventa, acompañado a veces de estudiantes ENAH Unidad Chihuahua (ahora EAHNM).

El libro, que constituye una versión actualizada de un Cuaderno de Trabajo publicado en 1997, se organiza en 15 apartados, una introducción y la bibliografía. Al estilo clásico de las monografías y, particularmente de la organización temática que dirigió la estructura de las monografías del INI y posteriormente de la Comisión de Derechos Indígenas (CDI), este libro presenta un apartado para mapas al inicio y luego presenta los siguientes temas: ubicación, denominaciones, aspectos históricos, aspectos lingüísticos y demográficos, comunicaciones e infraestructura, vestimenta y vivienda, economía y relaciones con el medio ambiente, producción artesanal. Movimientos migratorios, gobierno tradicional y organización social, aspectos educativos, salud y enfermedad, mitología y religión y para finalizar, su ciclo festivo.

En la etnografía, el Dr. Porrás va tejiendo una narrativa basada en sus observaciones directas y participantes con la información histórica y etnográfica de investigadoras e in-

vestigadoras de la antropología y la historia sobre este grupo indígena y la región que habitan. La narrativa construida deja ver en todo momento, el respeto que el autor profesa a la gente warijós, así como la crítica a los procesos, a veces violentos y a veces disimulados, que la colonización militar, religiosa e “indigenista” llevaron a cabo y que resultó en una profundización en las condiciones de vida precarias, marginales e invisibilizadas de esta población indígena que incluso había “desaparecido” de los datos censales nacionales. A continuación, se presentan algunos datos etnográficos con el objetivo de ilustrar el contenido del libro e invitar a su lectura.

Los warijós viven en rancherías (unidad poblacional mínima) distribuidas en los municipios de Uruachi, Chínipas y Moris, ubicados al suroeste del estado de Chihuahua y en la región fronteriza con el estado de Sonora. De acuerdo con el Dr. Porrás, otras denominaciones son utilizadas para referirse a este grupo como makuráwe (los que agarran la tierra o los que están lejos), warihos y guarijós. Las condiciones geográficas en las que se encuentra esta población indígena es muy accidentada, con abundantes montañas y escasos valles y mesetas. Su clima se caracteriza por temporadas invernales con algunas equipatas o lluvias insipientes, y una temporada calurosa con lluvias veraniegas que han escaseado. En la región warijós escasean las fuentes de agua y para conseguirla se pueden recorrer grandes extensiones. La flora consiste en palmas, palmitas, lechuguillas, vinorama, chirowi, palo fierro, entre otras plantas. Los coyotes, venados, guajolotes, ardillas, serpientes, liebres, jabalíes y distintas aves conforman la fauna de la región.

En cuanto a su historia y de acuerdo con las fuentes militares y religiosas, los warijós resistieron con rebeliones armadas la incursión de los militares en su territorio y con una resistencia pasiva y pacífica el adoctrinamiento religioso, permitiendo la fundación de las misiones de Nuestra Señora de los Uarojós y la de Santa Inés de Chínipas, en 1626 y 1627 respectivamente. Al parecer durante la expulsión jesuita en 1767 los warijós se separaron dando lugar a la población warijós de Sonora y la de Chihuahua y, de esta última, una gran cantidad fue incorporada a la población tarahumara. Para el siglo XIX, la población warijós se incorporó al trabajo en las haciendas y minas de algunos terratenientes (familias Sáenz, Rascón y Rico) que tenían el control político y económico regional en Arechuyvo, Uruachi, Mocerichi y Chagayvo. En la década de 1930, geógrafos y antropólogos “redescubren” al pueblo warijós en esta región serrana, sin embargo, es hasta la década de 1960 con la visita de Cámara

* Profesora-investigadora en Antropología Social, Titular C. Presidenta de la Comisión Dictaminadora de Publicaciones del Centro de Trabajo. Correo electrónico: claudiaedr@yahoo.com.mx

Barbachano que este grupo es considerado como parte de la organización de la exposición etnográfica del Museo Nacional de Antropología. En la década de 1980, el narcotráfico incursiona en la región dificultando el acceso seguro a las localidades. La siembra de marihuana y amapola se convirtió en una actividad económica casi obligada que aún hoy coexiste con los procesos de resistencia y supervivencia de la población.

El *Atlas lingüístico de México* (1988) señala que el warijón pertenece al subgrupo cahíta-tarahumara, de la familia yuto-zteca y emparentando con las lenguas cahítas de Sonora y con el rarámuri de Chihuahua. Las rancherías más aisladas tienen más hablantes de warijón que aquellas cercanas a centros poblacionales. Distintos conteos y censos se han llevado a cabo por parte de programas e instituciones gubernamentales. Agustín Romano del INI contabilizó 3000 indígenas warijón (mil en Sonora y dos mil en Chihuahua) para 1982.

La falta de caminos constituye un enorme obstáculo para acceder a programas de salud, bienestar, educación y alimentación básicos. La carencia de electricidad y agua potable en la mayoría de las localidades incrementa la marginación y vulnerabilidad de esta población indígena en la zona, no obstante, el sistema de radio local era bastante efectivo para comunicarse entre rancherías. Sus viviendas en general constan de dos habitaciones, una reservada para la cocina en la que se encuentra un fogón y los utensilios de cocina y la segunda es una habitación familiar en la que duermen los integrantes de la familia extensa (organización mínima warijón) y que sirve como espacio para guardar aperos y posesiones familiares. La casa y la cocina se identifican como karí y el patio frontal como yagüilachi y el corral, en el que tienen animales como chivas y cerdos, se conoce como kooré. Los trojes o jukis son construidos de manera semisubterránea, con forma circular y según Harris (1998) y el autor, los jukis o tekua son espacios femeninos para la actividad artesanal, la creatividad y el simbolismo asociado a la palma como elemento sagrado y conectado con Dios.

Sus principales cultivos son el maíz, frijol, chile, las calabacitas y los chilacayotes y la alimentación se complementa con la recolección de miel, guamúchiles, verdolagas, quelites, nopales y diversas frutas. El ganado (pocas vacas y chivas, cerdos y gallinas) sirve como alimento complementado con animales de caza como venados, ardillas y liebres. Las mulas y burros son indispensables como animales de carga. Las actividades productivas colectivas (comuneros y ejidatarios) se

conocen como convidadas y consisten en sumar familiares y vecinos para realizar una tarea intensiva a cambio de los alimentos y bebidas; éstas pueden finalizar con una fiesta en la que se comparte tesgüino, tabaco y se baila pascol.

La movilidad estacional relacionada con el empleo en las haciendas era común para el siglo XIX, y ahora estos movimientos migratorios se dan en una región más extensa que incluye la zona agrícola de Ciudad Obregón en Sonora y que junto con la zona serrana fronteriza conforman, de acuerdo con Valdivia (1994), una región económica y cultural. La educación es limitada en la región y cubría apenas la primaria con escuelas-albergue en sólo tres localidades. Algunas unidades educativas y la presencia de CONAFE se registran también en la zona. El sistema de salud se encuentra en las mismas condiciones pues sólo hay tres clínicas con el mínimo personal (médico y enfermeras) y una infraestructura médica básica. No obstante, la presencia del pewatero que utiliza diversos remedios naturales como los mochomos, las víboras, el barro y el copal, sigue teniendo una presencia importante en la región y prevalece una combinación de esta medicina tradicional y la medicina alópata.

Los warijón son católicos, pero puede identificarse un sincretismo religioso que jala del catolicismo y de la cosmovisión warijón, sus elementos rituales y mitológicos centrales destacando a Dios, Jesucristo y la Virgen, así como a las serpientes y el agua. El ciclo festivo warijón está integrado por dos calendarios: el agrícola y el católico. La Semana Santa, las velaciones de casamiento bautizos y fallecimientos, las fiestas patronales y el tuburi constituyen las fiestas más importantes.

Entre cada apartado hay fotografías etnográficas (26 en total) en blanco y negro que ilustran algunos temas abordados y que dan cuenta de las familias, sus actividades y territorios.

Bibliografía

- Cámara, F. 1961. Warijios. Guión para planeación e instalación de Museo Nacional de Antropología, México.
- Harris, C. 1998. *Las mujeres warijón: un estudio de género y violencia*. Tesis de licenciatura en Etnología, ENAH, México.
- Manrique, L. (Coord.). 1998. *Atlas cultural de México: Lingüística*. SEP, INAH, Planeta, México.
- Romano, A. 1982. *Los guarijíos de Sonora*. Instituto Nacional Indigenista, México.
- Valdivia, T. y Buitimea, C. 1994. *Sierra de nadie*, Instituto Nacional Indigenista, México.

